

Zonas de reserva campesina y territorialidades vivas en el Sumapaz

Francisco Gómez/ *University of British Columbia*

Introducción

El Sumapaz es una región ubicada en el altiplano central de Colombia, caracterizada por un paisaje de páramo y montaña que se extiende aproximadamente entre los 2.800 y más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. Se trata de un territorio de clima frío, alta humedad y niebla persistente, con suelos frágiles y una densa red hídrica compuesta por lagunas, quebradas y nacimientos que estructuran tanto los ecosistemas como las comunidades campesinas que allí habitan. La región alberga el páramo de Sumapaz, reconocido como el más extenso del mundo, con una superficie aproximada de 333.420 hectáreas (823.898 acres) (IAvH 2012). Este ecosistema cumple una función estratégica en la regulación hídrica, abasteciendo a Bogotá y a múltiples municipios circundantes de agua potable.

El paisaje del Sumapaz está profundamente modelado por las condiciones climáticas del páramo y por las prácticas agrícolas que históricamente han permitido la subsistencia campesina en este entorno de alta montaña. Su ubicación cercana a la línea ecuatorial combina una radiación solar relativamente constante durante todo el año con temperaturas bajas, precipitaciones irregulares y frecuente niebla. Estas condiciones, junto con suelos de origen volcánico ricos en materia orgánica, han hecho posible el desarrollo de una agricultura de altura adaptada al páramo, en la que la papa ocupa un lugar central.

La producción de papa, con hasta dos cosechas anuales, ha sido históricamente crucial para la supervivencia de las familias campesinas del Sumapaz y continúa siendo el eje de su seguridad alimentaria. Como alimento básico, más del 65 % de los hogares campesinos la consumen a diario (Asosumapaz 2013, 111). Más allá de su valor comercial, la papa articula calendarios agrícolas, prácticas de trabajo colectivo y saberes intergeneracionales que conectan a las familias con los ritmos ecológicos del páramo.

El tránsito desde Bogotá hacia el Sumapaz, a unos 140 kilómetros de distancia, permite observar de manera tangible las transiciones ecológicas y productivas que configuran este territorio de alta montaña. A medida que el paisaje urbano queda atrás, emergen montañas salpicadas por un mosaico de pequeñas y medianas fincas donde el ganado pasta entre

cultivos de papa, maíz y arveja. Conforme se asciende por la cordillera, aparecen parches dispersos de bosque que anuncian la entrada al denominado *bosque de niebla*, un ecosistema de alta montaña caracterizado por una densa cobertura de neblina, helechos perennes, arbustos y árboles cubiertos de musgos y epífitas. Esta transición ecológica va acompañada de un cambio perceptible en el clima y el paisaje: de bosques densos se pasa gradualmente a pastizales abiertos, senderos rocosos y matorrales bajos propios del páramo, mientras el ambiente se vuelve más frío. En este contexto, cultivar la tierra no es una práctica meramente técnica, sino una forma de habitar y “negociar” cotidianamente con un entorno exigente, donde el conocimiento campesino sobre el clima, los suelos y los ciclos agrícolas resulta indispensable para la reproducción de la vida.

La región del Sumapaz ha sido históricamente escenario de luchas campesinas por la tierra, el reconocimiento político y la defensa del territorio. Este ecosistema multinivel, si bien alberga una gran diversidad de procesos biológicos, enfrenta amenazas persistentes asociadas a la minería, los proyectos hidroeléctricos privados y otros modelos de desarrollo que avanzan sin consulta previa a las comunidades locales. En este contexto, las Zonas de Reserva Campesina (ZRC), surgidas a partir de los movimientos campesinos y cocaleros, condensan disputas identitarias, políticas y ambientales frente a dinámicas extractivistas y concentración de la tierra (ANZORC 2016; Molano Bravo 2015; Ramírez 2011). Más allá de su carácter normativo, las ZRC se han constituido en experiencias vivas de territorialidad campesina, apropiadas por las comunidades rurales como mecanismos de defensa territorial, ambiental y cultural (Méndez 2011; Pérez 2007).

En diciembre de 2022 se estableció formalmente la Zona de Reserva Campesina del Sumapaz, representando la culminación de más de dos décadas de luchas sociales y demandas jurídicas iniciadas en 1998. Este reconocimiento formal condensó un prolongado proceso de consulta comunitaria, resistencias colectivas y construcción continua de una territorialidad campesina estrechamente ligada al páramo como eje central de la vida social. La región no solo alberga el ecosistema único de páramo, sino que también encarna una tradición de movilización agraria que se remonta a las ligas campesinas de los años treinta y a las colonias agrícolas del siglo XX (Molano Bravo 2015).

El marco legal de las ZRC se originó en la Ley 160 de 1994 y el Decreto 1777 de 1996, en el contexto de las políticas de reforma agraria impulsadas por el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA). Estas reformas emergieron en medio de profundas tensiones entre el Estado y las comunidades campesinas, marcadas por la violencia rural, la alta concentración de la propiedad de la tierra y la expansión del narcotráfico y el paramilitarismo. Para el movimiento campesino, las ZRC representaron un instrumento de defensa territorial y un espacio para consolidar prácticas comunitarias y sustentables históricamente ejercidas; mientras que para ciertos sectores estatales y empresariales fueron percibidas como focos de conflictividad política o como supuestas “repúblicas independientes” vinculadas a la insurgencia (Fajardo 2012). Pese a la desconfianza estatal —acentuada durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002–2010), cuando diecisiete propuestas de ZRC fueron bloqueadas— las comunidades campesinas persistieron en su construcción desde abajo, fortaleciendo formas de autonomía territorial y cuidado ambiental (Minaya Maldonado 2017).

Sumapaz se nutre de estas tensiones y continuidades. Organizaciones como SINTRAPAZ (Sindicato de Trabajadores Agrícolas de Sumapaz) impulsaron la propuesta de la ZRC bajo consignas como “sembramos autonomía” y “sembramos resistencia y cosechamos dignidad”, articulando la lucha campesina con la defensa del agua, la memoria histórica y la dignidad rural. Estas dimensiones, a la vez materiales y simbólicas, se encuentran enraizadas en una relación ontológica con el territorio que dialoga con otros procesos de resistencia rural en Abya Yala (América Latina), como el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), las comunidades zapatistas en Chiapas y la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC), donde el territorio se concibe como espacio de vida y de co-creación de autonomía colectiva (Almendra et al. 2018; Fernández 2009; Kaplan 2017; Stahler-Sholk 2016).

El páramo de Sumapaz constituye mucho más que un ecosistema relevante por su biodiversidad y sus recursos hídricos; para las comunidades campesinas es un territorio vivo y afectivo, donde se entrelazan identidad, cuidado y reciprocidad. En este sentido, la territorialidad campesina no se produce únicamente en el plano social o político, sino también a través de interacciones con seres más-que-humanos que participan activamente en la configuración de mundos compartidos. Desde esta perspectiva relacional, el páramo posee agencia: responde a las acciones humanas, protege, advierte y moldea la vida cotidiana, conectando las prácticas locales de conservación y resistencia con experiencias de autonomía territorial en otras regiones (de la Cadena 2015; Kohn 2013; Lyons 2020).

Metodológicamente, este artículo se basa en una investigación cualitativa realizada entre 2019 y 2022 en la región del Sumapaz, abarcando 18 de las 28 veredas que la componen,

principalmente en los sectores de Betania, San Juan y Nazareth. El trabajo de campo combinó observación participante, entrevistas en profundidad, entrevistas narrativas, grupos focales y elementos de Investigación Acción Participativa (IAP), con el objetivo de comprender las prácticas territoriales, las formas organizativas y las experiencias vividas del campesinado paramuno en contextos de conflicto y disputa territorial.

Durante el trabajo de campo se sostuvieron conversaciones prolongadas con campesinos y campesinas de distintas edades, líderes comunitarios e integrantes de asociaciones locales vinculadas a la Zona de Reserva Campesina. Asimismo, se facilitaron grupos focales y se participó en reuniones comunitarias, convites, encuentros organizativos y eventos culturales. La investigación incluyó visitas y participación en proyectos locales, entre ellos visitas a dos fincas agroecológicas, a una cooperativa de producción local, una biblioteca comunitaria, un grupo de teatro y varias escuelas rurales. Estas experiencias permitieron observar de manera situada las prácticas agroecológicas, las dinámicas de gobernanza local y los procesos de transmisión intergeneracional de conocimientos.

El análisis se apoya en tres ejes teóricos complementarios: (1) la ecología política, para examinar los conflictos socioambientales y las relaciones de poder en torno al territorio; (2) la teoría decolonial, que permite cuestionar narrativas eurocéntricas y visibilizar los saberes campesinos; y (3) la literatura latinoamericana sobre movimientos sociales, que ilumina las capacidades organizativas, políticas y ontológicas de las comunidades rurales (Castro-Gómez 2000; Escobar 2018; Grosfoguel 2007).

En conjunto, estos elementos permiten situar la ZRC del Sumapaz no solo como una figura legal de control territorial, sino como un laboratorio socioambiental y político en el que se entrecruzan memorias de lucha, prácticas de justicia territorial y horizontes de vida alternativos. Este artículo analiza cómo, a través de la ZRC, el campesinado del Sumapaz ha reconfigurado su identidad, sus prácticas de territorialidad y su proyección hacia futuros posibles, en diálogo con otros procesos de resistencia en América Latina. En este marco, el páramo se afirma como un territorio vivo que sostiene vínculos comunitarios y orienta proyectos colectivos frente a las lógicas extractivas dominantes.

Identidad campesina y territorialidad en Sumapaz

En América Latina, la territorialidad va más allá del mero control u ocupación de la tierra; constituye un proceso sociopolítico y ecológico mediante el cual las comunidades se relacionan con el lugar, produciendo activamente territorio a través de historias, trabajo, gobernanza y memoria colectiva

(Escobar 2008; Haesbaert 2011). En la región del Sumapaz en Colombia, esta territorialidad no es solo material y ecológica, sino también profundamente vivida. El concepto de estas experiencias vividas remite aquí una comprensión relacional del territorio, en la que el espacio no es solo un lugar que contiene pasivamente las actividades humanas, sino una realidad co-constitutiva de la vida social. La territorialidad viva se construye a través de prácticas cotidianas y de la experiencia corporal, sensorial y afectiva, donde el conocimiento del territorio emerge del hacer, del recorrer y del cuidar.

La territorialidad vivida está arraigada en la identidad campesina como una forma de ser relacional históricamente situada y territorialmente anclada y se articula de manera particular con la identidad *paramuna*, una categoría local que condensa la relación encarnada entre la comunidad y el territorio. El término *paramuno* o *paramuna* deriva de la palabra páramo y se refiere tanto a quienes habitan estas regiones como al propio ecosistema y sus componentes, por ejemplo, laguna paramuna o ecosistema paramuno (Escalante Rubio 2021). Esta polisemia no es meramente lingüística, sino profundamente ontológica ya que nombra una relación de co-pertenencia entre personas, territorios y formas de vida.

Los campesinos del Sumapaz se distinguen de otros grupos de campesinos al autodenominarse *paramunos*, una identificación que subraya su vínculo singular con el páramo y que va más allá de una adscripción ocupacional. Ser *paramuno* implica una forma específica de habitar y sentir el territorio, marcada por la altitud, el frío, la neblina, el agua y la ecología particular del páramo. En este sentido, la identidad paramuna constituye una experiencia viva del territorio, en la que el cuerpo, la memoria y el entorno se entrelazan de manera inseparable.

Más que una etiqueta demográfica o un rol ocupacional, ser campesino o campesina en Sumapaz implica habitar el páramo en un sentido existencial: caminarlo, trabajarlo, cuidarlo y narrarlo como parte constrictiva de la vida misma. Estas prácticas cotidianas, como reconocer los ciclos del agua, transitar los caminos del páramo, leer o estar atentos a las señales del clima, o transmitir los saberes agroecológicos entre generaciones, constituyen lo que Ingold (2021) denomina *ontología del habitar*, en la que el territorio se conoce y se produce en movimiento y en relación.

Esta territorialidad vivida se expresa en vínculos encarnados con el agua, el suelo, las plantas, los animales, las montañas y otros componentes del territorio, donde el páramo no es concebido como un “recurso natural” sino como un espacio vivo que sostiene y ordena la vida social y productiva. Estas relaciones no se limitan al uso instrumental de la naturaleza, sino que configuran un entramado de reciprocidades, responsabilidades y cuidados. Por ejemplo, las prácticas de protección de nacederos, el respeto por ciertas áreas del páramo o la adaptación de cultivos a los ritmos ecológicos locales reflejan

una ética campesina que reconoce la agencia del territorio y su centralidad para la vida.

Las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) ejemplifican esta comprensión relacional y multidimensional del territorio. Lejos de ser únicamente construcciones legales, las ZRC son espacios dinámicos de reterritorialización mediante esfuerzos continuos por reclamar, rehacer y resignificar territorios marcados por el abandono estatal, el despojo y la violencia. En Sumapaz, estas prácticas se manifiestan de manera tangible en el territorio mediante el trabajo colectivo de la comunidad en lo que denominan convites, en el fortalecimiento de redes de intercambio y conservación de semillas, la expansión de la agricultura agroecológica, y las formas de gobernanza comunitaria del agua y el suelo. Tales prácticas reconstituyen el tejido social y ecológico y a su vez producen lo que Escobar (2018) denomina “territorios de vida”. Estos territorios de vida son espacios fundamentados en las relaciones de reciprocidad entre humanos y no humanos, en las prácticas de gestión ecológica situadas y en formas de autonomía política que desafían las lógicas extractivistas y tecnocráticas del desarrollo. Así, la ZRC del Sumapaz puede interpretarse como un proyecto ontológico-político que afirman la continuidad de la vida campesina paramuna, no solo mediante la defensa legal del territorio, sino a través de la reproducción cotidiana de mundos relacionales alternos.

Como observa Álvarez (2009), “el territorio es producto de las relaciones que se tejen diariamente” (156). Estas relaciones se expresan en, por ejemplo, la colaboración en tiempos de cosecha, la construcción de infraestructura comunitaria, la producción de leche y alimentos bajo lógicas de trueque y cooperativas, la siembra de plantas locales y la recuperación de tradiciones campesinas. A través de estas acciones materiales y simbólicas, el territorio no solo se cultiva: se reimagina continuamente como un proyecto colectivo y como un modo de vida campesino. Este proceso de reterritorialización resiste los discursos dominantes que conciben las áreas rurales como baldíos o tierras vacías disponibles para extracción y privatización. En contraste, las comunidades de Sumapaz afirman que la tierra está habitada, cultivada y cargada de sentido histórico y afectivo. Este componente afectivo no remite únicamente a vínculos emocionales individuales, sino a relaciones encarnadas de cuidado, apego y responsabilidad construidas desde el trabajo cotidiano, la memoria del despojo y las prácticas colectivas en defensa del territorio. El afecto se inscribe en los paisajes, en los cuerpos y constituye una fuerza que sostiene la permanencia campesina, moviliza la acción colectiva y reafirma el territorio como un espacio vivo, inseparable de la vida social, ecológica y política. Los habitantes de Sumapaz lo resumen así: “Lo importante aquí no es solo tener tierra, sino seguir creando un sentido de comunidad”.

Desde esta perspectiva, las ZRC encarnan una alternativa decisiva a los modelos de desarrollo agro extractivos. En

lugar de priorizar la productividad a corto plazo o subordinar la tierra a la lógica del mercado, enfatizan la sostenibilidad a largo plazo y la reproducción de la vida dentro del territorio. Estudios demuestran que los sistemas campesinos tradicionales —caracterizados por policultivo, agroforestería e integración ecológica— favorecen la biodiversidad y la resiliencia climática (Méndez Blanco 2011; Peñuela et al. 2016). Son sistemas que privilegian el común sobre la mercantilización, y la cooperación sobre la competencia, fomentando lo que Méndez Blanco (2011, 131) denomina una “ecología de cooperación”.

El territorio en Sumapaz también está íntimamente ligado al agua. El páramo es más que un territorio, es un lugar productor de agua y una fuente simbólica de vida para sus habitantes. Los campesinos del Sumapaz plantean la defensa del agua ligada a la defensa de la vida y la identidad campesina. Esta ética relacional se refleja en la gobernanza: organizaciones como SINTRAPAZ impulsan la toma de decisiones participativa basada en la memoria histórica y la autonomía colectiva. Aunque se apoya en marcos legales nacionales, la figura de la ZRC ha sido apropiada desde los grupos base para responder a prioridades locales, como en el caso de la creación de acueductos locales manejados por la propia comunidad. Es a su vez un escudo frente al acaparamiento de tierras. En palabras de Rivera Cusicanqui (2010), estas experiencias encarnan “prácticas interculturales e interconectadas” basadas en la reciprocidad y el cuidado.

La identidad campesina en Sumapaz no se limita a una condición socioeconómica: es una práctica de vida territorializada. Esta identidad se construye en el quehacer cotidiano de familias campesinas que habitan en el páramo desde hace más de un siglo, muchas de ellas vinculadas hoy a la ZRC. Durante el trabajo de campo, las entrevistas tuvieron lugar frecuentemente en los espacios mismos donde la vida campesina se practica: mientras se ordeñaba el ganado, se alimentaban las vacas, cerdos y gallinas, donde se sembraban y cosechaban cultivos, se reparaban viviendas, se recolectaba agua o se emprendían caminatas a las lagunas o al interior del páramo. Estas prácticas cotidianas sostienen economías domésticas basadas en la producción de papa, cultivo central en el Sumapaz, frijol, habas, huevos, leche y otros alimentos esenciales para la subsistencia familiar y cotidiana.

Como lo expresó un joven participante en un grupo focal en Betania: “Llevamos Sumapaz dentro”. Esta frase sintetiza una forma de pertenencia encarnada, que se construye en la interacción constante con el territorio y en especial el páramo. Vivir con el territorio implica ajustar los calendarios agrícolas a los ritmos climáticos de alta montaña, cuidar los nacederos de agua, y sostener prácticas de trabajo colectivo y transmisión intergeneracional de conocimientos. Iniciativas locales, como las impulsadas por Chaquén, una de las granjas agroecológicas locales, mantiene una colaboración estrecha con las comunidades campesinas en el fortalecimiento

de variedades locales de cultivo como habas, cubios (nabos), papa, y plantas medicinales, además del uso de abonos orgánicos, reforzando una ética de cuidado ecológico y autonomía productiva arraigada en el territorio.

En este sentido, la ZRC de Sumapaz no constituye únicamente un logro legal, sino que además se ha convertido en una plataforma territorial y política desde la cual se reproducen formas concretas de habitar el páramo y de proyectar futuros alternativos. A través de prácticas productivas, organizativas y afectivas, la ZRC de Sumapaz permite que la autonomía, identidad campesina y ética ecológica se materialicen como realidades vividas, ancladas en la experiencia cotidiana de quienes trabajan, cuidan y sostienen el territorio.

Genealogías de clase y racialización

Comprender la identidad campesina en Colombia requiere navegar tanto genealogías de clase como de raza y más precisamente del mestizaje. Los análisis marxistas han conceptualizado históricamente al campesino confinándolo exclusivamente a la cuestión agraria, como una clase que lucha por la tierra y la producción dentro del marco de la acumulación capitalista y la formación del Estado-nación. José Carlos Mariátegui (2019) situó la identidad campesina en un énfasis en el mestizaje, lo que a menudo ocultó raíces indígenas o negras, produciendo un campesinado homogenizado más moldeado por la redistribución colonial de la tierra que por jerarquías raciales. De igual manera, Gerardo Otero (2019) subraya que la formación de la clase campesina en América Latina está determinada tanto por la expansión capitalista como por la diferenciación rural, prestando poca atención a los fundamentos racializados de estos contrastes.

Los pensadores poscoloniales y decoloniales han respondido a este silencio. Académicos como Grosfoguel (2007) y Castro-Gómez (2000) argumentan que la figura del campesino en América Latina no puede entenderse solo a través de la clase; es también producto de la modernidad colonial, en la que el mestizaje funcionó como ideología estatal que borró o diluyó identidades indígenas y afro, produciendo simultáneamente una clase rural subordinada y racializada (Rivera Cusicanqui 2010). En este sentido, la identidad campesina no se forma únicamente desde lo económico como una categoría colonial históricamente configurada por el ordenamiento racial del trabajo y la tierra, pero también como una identidad viva ligada a su interacción con el territorio, donde el páramo actúa como agente formativo de prácticas, saberes y relaciones sociales. Es en el trabajo y acciones diarias, sembrar y cosechar, manejar el agua, cuidar los suelos y sostener economías locales, donde el campesinado produce una forma de ser territorializada que trasciende las clasificaciones raciales y de clase impuestas por esa modernidad colonial. Así, el territorio no solo condiciona la vida campesina, sino que participa

activamente en la producción de identidad, convirtiéndose en un eje agencial que articula la memoria histórica, reproducción material y proyectos colectivos de vida.

Violencia histórica y raíces de la identidad campesina en Sumapaz

La construcción de la identidad campesina en Sumapaz no puede entenderse al margen de la larga historia de violencia que han sufrido dentro y fuera del territorio. La conquista española en la década de 1530 devastó a las poblaciones indígenas, provocando desplazamientos forzados, esclavitud y confinamiento a través de los sistemas de encomienda y de haciendas coloniales (Asosumapaz 2013). Los indígenas sobrevivientes fueron reubicados en resguardos o sometidos a trabajo forzado, mientras que los colonos se apropiaban de sus territorios. Durante los siglos XIX y principios del XX, la colonización interna desplazó aún más a comunidades indígenas y afrodescendientes esclavizadas, ya que los colonos mestizos —muchos de ellos migrantes empobrecidos— fueron empujados hacia zonas fronterizas como Sumapaz, donde se enfrentaron tanto a las condiciones ecológicas adversas del páramo como al abandono estatal (Molano Bravo 2017).

En este contexto de explotación, las juntas de colonos de principios del siglo XX surgieron como formas rudimentarias pero vitales de organización colectiva. En el caso del Sumapaz reivindicando derechos históricos sobre la posesión de la tierra que fueron enajenados bajo los sistemas coloniales que no les permitía ser poseedores del territorio. Estas vivencias moldearon la identidad campesina en el Sumapaz con la creación de una conciencia territorial fundada en la dificultad, el trabajo y la resistencia. Como recordaba una adulta mayor de San Juan: “Estamos aquí ahora gracias a aquellos que lucharon por nosotros en el pasado”. Estos recuerdos no son simplemente narrativas sino además elementos estructurantes de los imaginarios territoriales campesinos, que moldean cómo las comunidades comprenden sus luchas presentes y aspiraciones futuras.

La violencia histórica en Sumapaz se articula desde la implantación del sistema de encomiendas y haciendas, estructuras coloniales que impusieron mecanismos de dominación sobre la tierra y los cuerpos campesinos. Como recuerdan algunos testimonios: “mis abuelos tenían que trabajar cuatro días sin pago y dos días adicionales para cumplir con la obligación”. Esta “obligación” constituía una deuda impagable que subordinaba a los campesinos frente a los dueños de las haciendas. Las arduas jornadas incluían desmontar bosques y cercar potreros, labores extenuantes que reforzaban la dependencia hacia los hacendados. En Sumapaz, donde no se establecieron resguardos indígenas, surgieron las encomiendas de Machamba y Sumapaz, que posteriormente dieron paso

a grandes haciendas como El Tablón, San Juan, El Charquito, Sumapaz y Ánimas (Daza Rincón 2019, 107). Dentro de estas, los campesinos se veían obligados a pagar con trabajo o con parte de su producción por el “derecho” de habitar y cultivar la tierra, desempeñándose como aparceros, arrendatarios o colonos.

La colonización campesina en Sumapaz, intensificada a finales del siglo XIX y tras la Guerra de los Mil Días (1899–1902), estuvo marcada por disputas permanentes con terratenientes provocando nuevos asentamientos y mayores tensiones en el territorio (Salazar López 2019, 36). En este contexto, la tierra se consolidó como eje de lucha e identidad campesina. Misael Baquero, líder local afirmó que el llamado “problema de la tierra” no solo condensa los conflictos rurales en Colombia, sino que también constituye un principio aglutinador de la organización campesina. Josefina, lidereza de las movilizaciones agrarias de los sesenta, rememora: “nuestros abuelos tuvieron que trabajar durante muchos años para la hacienda en el alto Sumapaz y tuvieron que luchar por muchos años para ser reconocidos como colonos legítimos”. Esta memoria de resistencia constituye hoy un legado vivo que sigue alimentando las luchas campesinas por autonomía, dignidad y territorio. Así las juntas de colonos se fueron consolidando, encarnando estos procesos de resistencia frente a hacendados, marcando así un punto de inflexión en la consolidación de la identidad campesina en Sumapaz.

Prácticas bioterritoriales y pertenencia colectiva

La ZRC en Sumapaz institucionaliza y revitaliza esta trayectoria histórica al crear un espacio legal y político donde la identidad campesina puede ser colectivamente realizada y defendida. En estos espacios las prácticas cotidianas del trabajo agrícola, intercambio de semillas, convites y cuidado de los sistemas hídricos del páramo, materializan la identidad bioterritorial de los campesinos en Sumapaz. Estas prácticas no son solo productivas, sino también simbólicas y emocionales, reforzando un sentido de pertenencia que trasciende la materialidad de estar presente en el territorio. Una docente y activista de Betania describió esta sensación vívidamente afirmando que: “Tú, yo y todos nosotros, viviendo y conectando con el páramo, ahora somos parte de Sumapaz... Lo llevamos con nosotros todo el tiempo”. Este sentido de afecto territorial resuena con la noción de senti-pensar con el territorio (Escobar 2016; Fals Borda 2002), donde el territorio mantiene su agencia y se convierte en un cocreador activo de la identidad y memoria campesina. El sentido de pertenencia y las prácticas bioterritoriales también general registros emocionales, corporizados y espirituales en las comunidades que habitan el territorio. Expresiones como “Estamos orgullosos de ser campesinos” o “Quiero vivir y morir en esta tierra” evidencian una subjetividad profundamente arraigada, formada a través de la experiencia vivida. Este orgullo no

es simple nostalgia, constituye una reivindicación política de reconocimiento y dignidad en un contexto donde los campesinos han sido largamente invisibilizados por los discursos nacionales de desarrollo y modernización.

Mestizaje, invisibilidad y reconocimiento político

La identidad campesina en Sumapaz está marcada por la herencia ambivalente del mestizaje. Aunque muchos sumapaceños se identifican como mestizos, esta etiqueta tiene una historia compleja. Por un lado, refleja un patrimonio sincrético —indígena, blanco y, a menudo, afrodescendiente— resultante de siglos de desplazamiento y reubicación forzada. Por otro lado, como advierten Rivera Cusicanqui (2010) y Vargas Sarmiento (2016), el mestizaje ha funcionado históricamente como un instrumento de borramiento, ocultando jerarquías raciales y negando derechos colectivos a poblaciones no blancas. Dentro del marco de la ZRC, esta identidad es reapropiada como parte de una autodefinición campesina digna y arraigada, sin borrar las estratificaciones internas que aún afectan el acceso a derechos, representación y tierra.

A diferencia de las comunidades indígenas o afrocolombianas, los campesinos en Colombia aún carecen de reconocimiento legal como grupo culturalmente distinto. Esta invisibilidad estructural debilita sus reclamos sobre derechos culturales y territoriales, haciendo urgentes iniciativas como el Mandato Agrario de 2003, en donde se demandó el reconocimiento político del campesinado. En Sumapaz, los participantes de la ZRC han continuado esta lucha mediante la construcción de alianzas con organizaciones indígenas y afrodescendientes, priorizando políticas interseccionales y nociones plurales de territorialidad (ANZORC 2016; Ojeda & González 2018).

La identidad como fuerza de territorialización

En última instancia, la identidad campesina en Sumapaz no es estática ni heredada: se reconfigura continuamente mediante el compromiso político, el cuidado ecológico y la reproducción cultural con el territorio. Se forja en relaciones recíprocas con elementos más-que-humanos fundamentales del páramo, como los frailejones (*Espeletia* spp.), las quebradas, la niebla persistente y los suelos de alta montaña. Endémicos de las regiones de paramo, los frailejones son plantas perennes de larga vida con una notable capacidad de regulación hídrica ya que capturan la humedad de la niebla y la lluvia y la liberan lentamente al suelo, sosteniendo los sistemas de agua de los que dependen las comunidades humanas y no humanas. Para las familias campesinas del Sumapaz, los frailejones no son solo especies botánicas, sino indicadores vivos de la salud

del territorio y objetos de cuidado cotidiano. Protegerlos y enseñar a las generaciones más jóvenes su importancia constituye una práctica concreta de territorialización y una forma de correlacionarse con el páramo.

Estas prácticas se acompañan de narrativas locales que condensan una ontología relacional, como la afirmación recurrente de que “el páramo es Sumapaz y Sumapaz es el páramo”. Lejos de ser una metáfora, esta expresión articula una experiencia vivida del territorio como un entramado de interdependencias en el que la vida campesina solo es posible en reciprocidad con el ecosistema. En este sentido, la identidad campesina se convierte en una fuerza de territorialización que anima prácticas colectivas, sostiene el imaginario paramuno y fundamenta la resistencia y la autonomía desde la vivencia cotidiana en el territorio. Cuidar de los frailejones, caminar en el páramo reconociendo señales que indiquen la salud de los ecosistemas, recolectar agua o narrar el territorio, se convierten en experiencias vivas que relacionan el conocimiento del territorio con la identidad campesina paramuna.

Al articular una subjetividad territorial distintiva, las comunidades de la ZRC trascienden el legalismo de los derechos de la tierra para afirmar una visión más amplia de autonomía, cuidado y convivencia. Esta visión desafía los paradigmas dominantes de desarrollo, extracción y territorialidad estatal, haciendo visible un mundo alternativo en el que ser campesino no es sinónimo de marginalidad, sino fuente de fuerza, dignidad y posibilidad, arraigada en una experiencia viva del territorio.

Resistencia territorial y movilización política

Lejos de ser un sinónimo de marginalidad, la experiencia campesina en Sumapaz ha sido fuente de dignidad y posibilidad de una mirada alternativa al territorio. Sus luchas históricas han tejido un proceso de resistencia territorial frente a hacendados, Estado, empresas y actores armados. Esta trayectoria muestra la capacidad campesina de articulación colectiva y de transformar la relación con el territorio en una forma de afirmación política y social.

Esta resistencia territorial se manifiesta a través de las múltiples organizaciones locales y autónomas, que continúan enfrentando los proyectos extractivos y las políticas estatales que buscan mercantilizar la tierra. Allí, la ZRC juega un papel central como espacio de articulación política donde las comunidades construyen proyectos de vida alternativos frente al modelo de desarrollo dominante. Estas resistencias se expresan en movilizaciones, encuentros comunitarios, el uso y conservación del territorio y las articulaciones con movimientos sociales a nivel regional y nacional.

Raíces históricas de la resistencia campesina

Las raíces históricas de la resistencia campesina en Sumapaz se entrelazan con procesos de colonización agraria, violencia estatal y la emergencia de organizaciones locales que buscaban defender el territorio frente al despojo. Desde las primeras colonias agrícolas impulsadas por políticas estatales a comienzos del siglo XX, hasta las ofensivas militares y los bombardeos sobre la población rural, los campesinos de Sumapaz han enfrentado históricamente formas de control territorial que pretendían disciplinar y fragmentar sus vínculos comunitarios. Sin embargo, estas experiencias también alimentaron procesos organizativos a nivel nacional, como es el caso de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), y dieron origen a respuestas insurgentes que se nutrieron del arraigo territorial y de las demandas por justicia social.

El sistema de haciendas produjo desde un principio profundas divisiones de clase, donde campesinos y colonos carecían de tierra y de condiciones laborales justas (Legrand 2016). Durante la primera mitad del siglo XX, desplazados por la violencia o el desempleo, muchos campesinos migraron desde Boyacá y Tolima hacia Sumapaz, asentándose en veredas como Nazareth, Betania y San Juan. La crisis económica de 1929-1939 agravó esta situación, impulsando a los trabajadores a organizarse, reclamar derechos sobre la tierra y rechazar impuestos abusivos, dando origen a un movimiento campesino más estructurado.

La emergencia de los primeros grupos de campesinos organizados llamados “Ligas Campesinas” en los años treinta —inspiradas en antecedentes como la Revolución de los Comuneros (1781)— constituyó un momento clave en la organización rural Sumapaceña (Molano Bravo 2017). Con apoyo del Partido Comunista, sindicatos liberales y figuras influyentes que apoyaron el movimiento campesino como Jorge Eliécer Gaitán, Erasmo Valencia y Juan de las Cruz Varela, estas ligas articularon luchas por la tierra, la mejora de las condiciones de vida y el reconocimiento político del campesinado.

Las colonias agrícolas, creadas por el gobierno liberal de López Pumarejo, fueron concebidas en un comienzo como enclaves de producción campesina que pretendían “modernizar” la producción. Sin embargo, se convirtieron en símbolos de autonomía territorial en donde las comunidades campesinas crearon espacios para desarrollar formas tradicionales de uso y manejo del territorio. Pero a medida que se intensificaban los conflictos sociales y políticos en la primera mitad del siglo XX, el Estado recurrió a mecanismos represivos para someter a las comunidades rurales. Bajo el régimen de Rojas Pinilla (1953-1957), se desencadenaron bombardeos apoyados por los Estados Unidos en Villarrica, Cunday, Icononzo y Pandí, al este de Sumapaz. Estas acciones dejaron profundas

huellas de dolor y desplazamiento en un éxodo masivo de campesinos recordado como la “Guerra de Villarrica” (1954-1957) (Comisión de la Verdad 2022). Esta violencia reforzó la conciencia de que el territorio debía ser defendido colectivamente frente a un Estado que lo concebía como escenario de control militar antes que como espacio de vida campesina.

En este contexto surgió la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), creada a finales de la década de 1960 como una plataforma de reivindicación de derechos agrarios (Comisión de la Verdad 2022). En Sumapaz, la ANUC jugó un papel crucial en la consolidación de identidades campesinas y en la articulación de luchas por el acceso a la tierra, el reconocimiento político y la defensa del territorio. A través de cabildos, marchas y procesos de organización de base, la ANUC canalizó el descontento acumulado por décadas y abrió espacios de interlocución nacional. Aunque enfrentó una dura represión y divisiones internas, su legado en Sumapaz fue decisivo para la construcción de una memoria de resistencia y para el fortalecimiento de prácticas colectivas que siguen vigentes en la región.

Paralelamente, la violencia estatal y el cierre de los canales democráticos impulsaron el surgimiento de movimientos guerrilleros que encontraron en Sumapaz un escenario estratégico. Estas insurgencias, nutridas en parte por la experiencia de despojo y exclusión campesina, incorporaron demandas de justicia social y defensa del territorio a sus agendas políticas. Si bien la presencia guerrillera generó tensiones y contradicciones dentro de las comunidades, también evidenció la profundidad de los conflictos estructurales que atravesaban la región y la centralidad de la tierra como eje de disputa. De este modo, la resistencia campesina en Sumapaz se configuró en un entramado complejo, donde la violencia y la organización se articularon con la defensa del territorio, forjando identidades que hasta hoy sustentan su reterritorialización.

Organizaciones campesinas contemporáneas en Sumapaz

Hoy en día, los campesinos de Sumapaz continúan articulando esfuerzos colectivos en un amplio entramado organizativo. Según un estudio realizado por Asosumapaz en el 2012, más del 98% de los hogares participan en reuniones o pertenecen a alguna organización (Asosumapaz 2013). Esto refleja que la acción colectiva sigue siendo un pilar central de la vida comunitaria en Sumapaz.

Como señalan Rosset y Martínez-Torres (2012), los movimientos rurales emergen de las disputas sobre el acceso, uso y control del territorio. En Sumapaz, estas prácticas organizativas no solo se oponen a proyectos extractivos o estatales, sino que también reafirman la agencia campesina y la centralidad del páramo como territorio vivo y en resistencia. Entre las principales organizaciones campesinas actuales destacan

ASOJUNTAS, SINTRAPAZ y ASOSUMAPAZ, que trabajan en distintas áreas como la defensa de la tierra, la producción sostenible o la representación política. Algunas se articulan con instituciones estatales (alcaldías, Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca, Parques Nacionales), pero manteniendo agendas autónomas mediante varios mecanismos de consulta interna.

En este contexto, la defensa del territorio se entiende no solo como la defensa de la tierra, sino también como la protección de los bienes comunes, incluyendo el agua, los bosques y el páramo. La lucha campesina en Sumapaz está profundamente vinculada a la defensa del agua como fuente de vida y como derecho colectivo. Así, la territorialidad campesina articula la dimensión ecológica con la justicia social y los derechos colectivos.

Zonas de Reserva Campesina: Autonomía, identidad y resistencia

Actualmente hay veintidós ZRC constituidas o en proceso de constitución en Colombia (Apéndice A). Estas ZRC constituyen una de las expresiones más significativas de la lucha campesina por autonomía, reconocimiento y justicia territorial en Colombia. Su origen responde a décadas de resistencia frente a la concentración de la tierra, el despojo y la violencia ejercida por distintos actores estatales y no estatales. En este sentido, las ZRC son espacios que encarnan un proyecto político y social donde la identidad campesina se articula con prácticas de autogobierno, de manejo sostenible del territorio y de construcción de paz desde lo local. A pesar de los cuestionamientos que han enfrentado, tanto por estigmatización como por obstáculos institucionales, representan una apuesta concreta por la defensa del territorio campesino como bien común.

Si bien la Constitución de 1991 reconoció derechos territoriales a pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes, el reconocimiento específico de los derechos campesinos se materializó con la figura de las ZRC. En medio de la represión estatal y la militarización de zonas de colonización, campesinos y colonos se organizaron en torno a los Consejos Municipales de Desarrollo Rural y las movilizaciones cocaleras de la década de 1990 (Ramírez 2011). Tras intensas negociaciones, en 1994 el gobierno expidió la Ley 160, que creó un marco legal para proyectos agrarios y reconoció la posibilidad de constituir ZRC (Méndez 2011; 2015). Aunque la ley priorizó modelos agroindustriales y extractivos, abrió un espacio normativo para la consolidación de experiencias alternativas de agricultura campesina, conservación ambiental y sustitución de cultivos de uso ilícito (ANZORC 2016; Pérez 2007).

Las ZRC encarnan así la confluencia entre identidad campesina, resistencia territorial y búsqueda de autonomía.

Constituyen un mecanismo para contrarrestar dinámicas de despojo y modelos de desarrollo extractivista, al mismo tiempo que fortalecen prácticas agroecológicas, de justicia comunitaria y de democracia local. La justicia comunitaria se ejerce, por ejemplo, a través de asambleas veredales donde se resuelven conflictos relacionados con el uso del agua, los linderos o el manejo del ganado en zonas de páramo, priorizando acuerdos colectivos y el cuidado del territorio por encima de sanciones punitivas. De manera complementaria, la democracia local se practica en espacios como las juntas de acción comunal, los convites y las instancias organizativas de la ZRC, donde las familias campesinas deliberan sobre normas de uso del suelo, proyectos productivos y relaciones con actores externos. Estas prácticas no solo reconstituyen el tejido social, sino que producen una forma de autonomía vivida, en la que el territorio se gobierna desde la participación colectiva, la reciprocidad y una ética de cuidado ecológico. Sin embargo, enfrentan tensiones tanto externas —presiones de actores económicos, criminalización, lentitud institucional— como internas —debates sobre gobernanza, sostenibilidad e inter-generacionalidad—. Aun con estas limitaciones, las ZRC se mantienen como un proyecto político vivo y transformador, donde se articulan memoria histórica, identidad y futuro campesino en defensa del territorio.

El páramo de Sumapaz como territorio vivo y en disputa

Para las comunidades campesinas que lo habitan, Sumapaz no es únicamente un entorno físico, sino un territorio vivo atravesado por relaciones históricas, ecológicas y políticas que condensan disputas territoriales de larga data en Colombia y en otros contextos del Sur Global. A lo largo de siglos, el páramo ha sido objeto de múltiples formas de intervención por parte de actores externos, estatales y privados, orientadas a su apropiación y fragmentación mediante el acaparamiento de tierras, la militarización, la privatización, el desplazamiento forzado y diversas expresiones de violencia, procesos en los que el Estado ha desempeñado un papel central. Este sistema de páramos cumple también una función vital como fuente de aire puro y agua para ciudades y municipios cercanos como Bogotá, Fusagasugá, Usme y Granada. A pesar de su importancia en el sostenimiento de comunidades humanas y no humanas, los procesos hidrológicos que lo atraviesan siguen siendo poco comprendidos, al igual que los posibles efectos del cambio climático sobre la regulación hídrica, la pérdida de biomasa y organismos, o la capacidad de captura de carbono (Minaya Maldonado 2017). Aunque un análisis detallado de estos procesos excede el alcance de este trabajo, los cambios acelerados observados en Sumapaz refuerzan la relevancia de las comunidades locales en su protección.

El cambio climático intensifica los retos territoriales del páramo, expresados en sequías prolongadas, incendios, reducción de las fuentes hídricas y pérdida de biodiversidad.

Estos fenómenos reflejan crisis ambientales globales que afectan de manera desproporcionada a las poblaciones más vulnerables, pero también conectan luchas locales con movimientos transnacionales que reivindican prácticas territoriales basadas en el respeto y la reciprocidad. En este sentido, las prácticas de solidaridad en Sumapaz —como el convite, las cosechas comunales, o el trueque— dialogan con esfuerzos comunitarios de otros pueblos campesinos, indígenas y afrocolombianos que valoran el territorio como un bien colectivo, parte constitutiva de su identidad y de sus proyectos de autonomía.

Agencia del páramo

El páramo es más que un espacio físico que atraviesa el territorio del Sumapaz, es además una representación más amplia de identidad y arraigo territorial campesino. El páramo también cambia, “se pone bravo” cuando es maltratado y puede incluso “desaparecer” o provocar algún daño a quienes lo irrespetan, según expresaron varios habitantes. Estas percepciones resuenan con los aportes de Eduardo Kohn (2013), quien en su trabajo con los Runa en Ecuador propone que los entes más-que-humanos poseen formas de cognición propias, más allá de la comprensión humana. Reconocer la agencia del páramo implica, por tanto, un desplazamiento ontológico frente a las interpretaciones occidentales, y aceptar que la territorialidad no solo se produce social y políticamente, sino también a través de seres vivos que interactúan y participan activamente en la configuración del mundo.

El páramo es también un territorio en transformación constante: humedales que devienen paisajes áridos, mesetas secas susceptibles a incendios que se convierten en espacios brumosos con cielos nublados y suelos pantanosos. Kristina Lyons (2020) describe en el Putumayo esta fuerza mutable del territorio como “analítica selva”, una categoría para comprender relaciones móviles y texturas materiales e inmateriales que componen y descomponen procesos vitales (8). En el Pacífico colombiano, Ulrich Oslender (2016) describe la relación de las comunidades locales con los ríos y manglares como “espacios acuáticos” que median interacciones y vínculos cambiantes. Así mismo, Marisol de la Cadena (2015) introduce la noción de “seres de la tierra” en los Andes peruanos, para referirse a montañas, lagos y ríos que coexisten con pueblos campesinos e indígenas como participantes activos de la vida social. Estas aproximaciones dialogan con la experiencia campesina en Sumapaz, donde el páramo se reconoce como un actor vivo y protector que interactúa con sus comunidades.

Las voces campesinas confirman esta agencia y relatos locales afirman que visitar las lagunas los ayudaban a “sentirse calmados” y a abrazar “la calma del lugar”. De igual manera “hacerle daño al páramo es como herirnos a nosotros

mismos”, o “nuestra salud depende de la salud del páramo y de sus aguas”. Estas voces encarnan una reciprocidad donde el territorio cuida tanto como es cuidado. En Sumapaz, los relatos también evocan advertencias: “el páramo se enoja”, exigiendo prudencia, o protege a la comunidad durante las guerras al intimidar a actores armados. El agua, inseparable del páramo, es tratada con respeto: acercarse a ríos y lagunas exige cuidado, permiso y responsabilidad, pues las sanciones son atribuidas al mismo territorio bajo la forma de sequías, tormentas o incendios.

Los frailejones que se convierten en abismos, los suelos arcillosos que atrapan botas o el sol que cambia en minutos a un frío extremo son interpretados como señales activas del páramo, enseñando a los campesinos a leer y responder a su entorno. Desde la época colonial, los habitantes de Sumapaz han entrelazado su identidad campesina con estas condiciones extremas, enfatizando que el páramo no solo los moldea, sino que también los protege y sostiene. En este marco, el páramo de Sumapaz se afirma como una entidad viva, sintiente y relacional, cuya agencia influye en sus habitantes, en sus aguas y en sus climas. Esta perspectiva abre la discusión hacia interpretaciones decoloniales que reconocen el valor intrínseco de todos los seres y su participación en la configuración de mundos relacionales (Escobar 2018, 76).

El Páramo como entidad viva

Los habitantes locales suelen describir el páramo como un territorio dotado de sentimientos, capaz de mostrar “ánimos” o “caracteres”, que imprime en quienes lo habitan un temperamento particular, frecuentemente asociado con la serenidad y la quietud. Como señalan, “[A] Los campesinos no nos gusta hablar de nuestros sentimientos y emociones. A veces somos tercos, como el páramo”. Otros, en cambio, expresan de manera más abierta sus emociones en relación con este espacio.

En esta red de correlaciones sostengo que el páramo posee cualidades sensibles. Tras pasar más tiempo en él, he experimentado una conexión tangible: observar la neblina descendiendo de las montañas y envolviéndome en una sensación suave y hormigueante dentro de un silencio absoluto, casi imposible de encontrar en los entornos urbanos. Esta calma mental y corporal fomenta la presencia plena en el momento, generando experiencias transformadoras. En esta misma dirección se afirma que “hacerle daño al páramo es como herirnos a nosotros mismos” estableciendo un paralelismo entre el sufrimiento de la tierra y el de la comunidad. De manera similar se subraya que “nuestra propia salud depende de la salud del páramo y de sus aguas”. Estas voces muestran la interdependencia física y emocional que une a las comunidades con su territorio.

Marisol de la Cadena (2015) describe el *ayllu* entre los Runakuna de los Andes peruanos como comunidades de seres basadas en principios de cooperación y responsabilidad compartida con el territorio. Estos vínculos íntimos consolidan una relación donde “el ayllu existe a través de la relación personal e íntima que vincula a las personas y al lugar en una sola unidad” (102). De manera semejante, en Sumapaz el páramo se relaciona con las comunidades de forma recíproca, sin necesidad de petición explícita, desplegando un cuidado innato y compartido.

Varios participantes evocaron también al páramo como un territorio que responde al comportamiento humano, por ejemplo hay momentos del año en los que “el páramo se enoja”, exigiendo prudencia. Durante los años de guerra, algunos grupos armados se rehusaban a adentrarse en él, percibiendo sus condiciones como intimidantes y protectoras para la comunidad. Como se afirma en Sumapaz, “No se puede caminar por todas partes en el páramo... hay que tratarlo con respeto”. Este respeto no se confunde con miedo, sino que constituye un reconocimiento y una admiración por la fuerza y el poder del territorio. El agua, inseparable del páramo, es tratada con el mismo respeto y cautela. Campesinos relataban que al acercarse a ríos o lagunas era esencial hacerlo con cuidado y, en algunos casos, pidiendo permiso, pues la negligencia podía tener consecuencias fatales. Este respeto se expresa evitando contaminar, visitar sin propósito o perturbar los ecosistemas circundantes. Las sanciones, más que comunitarias, son concebidas como respuestas propias del páramo: sequías, tormentas, inundaciones o incendios se interpretan como reacciones ante la falta de cuidado hacia él y sus aguas.

Estas narrativas resaltan cómo las comunidades campesinas elaboran “respuestas adecuadas” para relacionarse con el páramo, desde reconocer la época propicia para cruzar un río hasta evitar entrar a ciertas lagunas. Interactuar con el páramo de Sumapaz implica atención, escucha y compromiso. El territorio mismo encarna esta agencia.

El páramo es un espacio que no solo moldea el temperamento humano, sino que también protege, nutre y sostiene frente a múltiples formas de intervención. En este sentido, el páramo de Sumapaz se afirma como una entidad viva, sintiente y relacional, cuya agencia influye tanto en sus habitantes como en sus aguas, su clima y sus dinámicas materiales e inmateriales. Esta perspectiva abre discusiones sobre la historia ecológica y etnográfica de la región, sobre los saberes territoriales y sobre alternativas ontológicas y decoloniales que reconocen el valor intrínseco de todos los seres que lo habitan.

Conclusión

La investigación en Sumapaz muestra que las territorialidades campesinas no pueden comprenderse a través de las categorías simplificadoras que ofrece la modernidad occidental. Las oposiciones entre naturaleza y cultura, humano y no humano, o incluso antropocentrismo y biocentrismo, resultan insuficientes para dar cuenta de las prácticas, memorias y afectos que organizan la vida en el páramo. Lo que emerge es una ontología relacional donde el territorio no es concebido como recurso ni como paisaje inerte, sino como un entramado vivo que configura identidades, emociones y formas de resistencia.

En este sentido, la identidad campesina en Sumapaz se forja tanto en el rigor de las condiciones ambientales como en la historicidad de los conflictos políticos, armados y extractivos que han atravesado la región. Frente a ello, las comunidades elaboran una territorialidad sustentada en la reciprocidad con el páramo y sus aguas: un reconocimiento cotidiano de su agencia, sensibilidad y capacidad de respuesta. Este vínculo no corresponde a una romantización de la vida rural, sino a un modo específico de habitar en el que la subsistencia material y la continuidad cultural se sostienen en prácticas de cuidado y en la certeza de que dañar al páramo equivale a dañarse a sí mismos.

El páramo, lejos de ser un telón de fondo, se constituye como un actor que ordena la vida social y política: sus advertencias, silencios y provisiones marcan los ritmos de la producción, la movilidad y la espiritualidad campesina. Esta condición de “entidad viva” transforma la resistencia territorial en algo más que una reacción frente a la expansión del Estado, la violencia armada o el extractivismo. Se trata de una forma de resistencia cotidiana y de largo aliento, que defiende simultáneamente la vida comunitaria y la vitalidad de los ecosistemas.

Así, el Sumapaz no solo es escenario de disputas territoriales, sino también laboratorio de futuros posibles. La territorialidad campesina allí articulada abre horizontes políticos y ontológicos que cuestionan los marcos dominantes del desarrollo y del manejo ambiental, proponiendo en su lugar una justicia territorial que reconoce la interdependencia entre seres humanos y no humanos. Reconocer la agencia del páramo implica, en última instancia, escuchar otras formas de mundo donde la vida se sostiene en la reciprocidad, el respeto y el cuidado. En esa confluencia, el Sumapaz se afirma como un territorio de resistencia y de esperanza, donde se tejen alternativas concretas frente a la crisis ecológica y a las desigualdades socioambientales contemporáneas.

Obras citadas

- Almendra, Vilma. 2017. *Autonomía territorial indígena en el suroccidente colombiano*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Almendra, Vilma, Violeta Romero, y Adriana Chihuailaf. 2018. “Cultivar cotidianamente resistencias y autonomías emancipatorias será necesario para tejernos entre pueblos”. *ALHIM* 36.
- Álvarez, María del Pilar. 2009. *Cartografías del conflicto ambiental en Colombia*. Bogotá: ILSA.
- Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina. 2016. “¿Quiénes Somos?” <https://anzorc.com/quienes-somos>
- Asosumapaz. 2013. *Plan de desarrollo sostenible de la Zona de Reserva Campesina del Sumapaz (Bogotá DC) 2014–2030*. Bogotá: Asosumapaz.
- Castro-Gómez, Santiago. 2000. “Teoría Tradicional y Teoría Crítica”. *Universitas Humanística* 49 (49).
- Comisión de la Verdad. 2022. *Hay futuro si hay verdad. Informe Final: Hallazgos y recomendaciones de la Comisión de la Verdad de Colombia*. Bogotá: Comisión de la Verdad.
- Daza Rincón, Juan Carlos. 2019. *De la defensa de la tierra a la del territorio: Transformación en las relaciones con el páramo y giro eco-territorial en las comunidades campesinas del Sumapaz*. Bogotá: Instituto de Estudios Ambientales (IDEA).
- De la Cadena, Marisol. 2015. *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Durham: Duke University Press.
- Escalante Rubio, M. A. 2021. *La delimitación del páramo Sumapaz-Cruz Verde, territorio de agua: conflicto entre la conservación, los modos de vida del campesinado y extractivismo*. Flacso Ecuador.
- Escobar, Arturo. 2008. *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Durham: Duke University Press.
- . 2016. “Thinking-feeling with the Earth: Territorial Struggles and the Ontological Dimension of the Epistemologies of the South.” *Revista de Antropología Iberoamericana* 11 (1): 11–32.
- . 2018. *Designs for the Pluriverse: Radical Interdependence, Autonomy, and the Making of Worlds*. Durham: Duke University Press.
- Fajardo, Darío. 2012. “Experiencias y perspectivas de las zonas de reserva campesina”. En *Autonomías territoriales: Experiencias y desafíos*, 55–70. Bogotá: ILSA.
- Fals-Borda, Orlando. 2002. *Historia doble de la Costa. Mompo y Loba*. 2ª ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores.
- Fernández, Ana María. 2009. *Autonomía y derechos indígenas en México*. México: CIESAS.
- Grosfoguel, Ramón. 2007. “The Epistemic Decolonial Turn: Beyond Political-economy Paradigms”. *Cultural Studies* 21 (2–3): 211–23.
- Haesbaert, Rogério. 2011. *El mito de la desterritorialización: Del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt (IAvH). 2012. *Cartografía de Páramos de Colombia Esc. 1:100.000. Proyecto: Actualización del Atlas de Páramos de Colombia*. Bogotá: IAvH.
- Jansen, Kees, Mihaela Vicol, y Lotte Nikol. 2022. “Autonomy and Repeasantization: Conceptual, Analytical, and Methodological Problems”. *Journal of Agrarian Change* 22 (3): 489–505.

- Kaplan, Oliver. 2017. *Resisting War: How Communities Protect Themselves*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kohn, Eduardo. 2013. *How Forests Think: Toward an Anthropology beyond the Human*. 1st ed. Berkeley: University of California Press.
- LeGrand, Catherine. 2016. *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850–1950)*. 2ª ed. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Lyons, Kristina Marie. 2020. *Vital Decomposition: Soil Practitioners and Life Politics*. Durham: Duke University Press.
- Mariátegui, José Carlos. 2019. “The Problem of Race: Approaching the Issue”. En *Texts for Latin American Sociology*, editado por Fernanda Beigel. Londres: Sage (Studies in International Sociology).
- Méndez Blanco, Rafael. 2011. *Campesinos, territorio y proyectos de desarrollo*. Popayán: Universidad del Cauca.
- . 2015. “Re-existencias territoriales: El caso de las Zonas de Reserva Campesina”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 12 (75): 89–113.
- Minaya Maldonado, Víctor G. 2017. *Ecohydrology of the Andes Paramo Region*. Boca Raton: CRC Press.
- Molano Bravo, Alfredo. 2015. *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920–2010): Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Comisión del Conflicto y sus Víctimas.
- . 2017. *Trochas y fusiles*. Bogotá: Debolsillo.
- Ojeda, Diana, y María C. González. 2018. *Elusive Space: Peasants and Resource Politics in the Colombian Caribbean*. London: Routledge.
- Oslender, Ulrich. 2016. *The Geographies of Social Movements: Afro-Colombian Mobilization and the Aquatic Space*. Durham: Duke University Press.
- Otero, Gerardo. 2019. *Farewell to the Peasantry? Political Class Formation in Rural Mexico*. Boulder: Westview Press.
- Peñuela, Maritza, Yolanda Franco, y Martha Rodríguez. 2016. “Reservas campesinas: territorios para la paz y la soberanía alimentaria”. *Revista de Estudios Sociales* 58: 90–105.
- Pérez, María Eugenia. 2007. “Las zonas de reserva campesina (ZRC) en Colombia”. *Revista Javeriana* 738: 68–77.
- Ramírez, María Clemencia. 2011. *Between the Guerrillas and the State: The Cocalero Movement, Citizenship, and Identity in the Colombian Amazon*. Durham: Duke University Press.
- Restrepo, Gabriel Ignacio. 2006. “Dinámicas e interacciones en los procesos de resistencia civil”. *Revista Colombiana de Sociología* 27: 169–202.
- Rivera Cusicanqui, Silvia R. 2010. *Ch'ixinakax Utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rosset, Peter M., y María E. Martínez-Torres. 2012. “Rural Social Movements and Agroecology: Context, Theory, and Process”. *Ecology and Society* 17 (3): 17.
- Salazar López, Carolina. 2019. *La identidad campesina sumapaceña: Entre la lucha, la resistencia y la conservación del territorio*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Sieder, Rachel, y Alexandra Barrera Vivero. 2017. “Legalizing Indigenous Self-Determination: Autonomy and *Buen Vivir* in Latin America”. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 22 (1): 9–26.

Stahler-Sholk, Richard. 2016. “Resistencia, identidad, y autonomía: la transformación de espacios en las comunidades zapatistas”. *Revista Pueblos y Fronteras Digital* 10 (19): 199.

Vargas Sarmiento, Patricia. 2016. *Historias de territorialidades en Colombia: Biocentrismo y antropocentrismo*. Bogotá: Patricia Vargas Sarmiento.

Apéndice A. Zonas de Reserva Campesina (ZRC) actuales*

ZRC	Constitución	Área (ha)	Territorios	Población actual	Organización campesina que la respalda
Guaviare	19 de noviembre de 1997	469,000	Calamar, El Retorno y San José del Guaviare (Guaviare)	38,000	Cooperativa Multiactiva Agropecuaria del Guaviare (Cooagroguaviare)
Pato-Balsillas	18 de diciembre de 1997	145,155	Balsillas, Guayabal (Caquetá)	7,500	Asociación Municipal de Colonos del Pato (Ancop)
Arenales-Morales	22 de junio de 1999	29,110	Arenales y Morales (Bolívar)	3,500	Asociación de pequeños productores de la ZRC de Morales (PDPM)
Cabrera	7 de noviembre de 2000	44,000	Cabrera (Cundinamarca)	5,300	Sindicato de Pequeños Agricultores de Cundinamarca (Sinpeagricun)
Bajo Cuembí-Comandante	18 de diciembre de 2000	22,000	Bajo Cuembí y Comandante (Puerto Asís – Putumayo)	4,700	
Valle del Río Cimitarra	10 de diciembre de 2002	184,000	Yondó y Remedios (Antioquia), Cantagallo y San Pablo (Bolívar)	35,810	Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra (ACVC)
La Tuna	17 de diciembre de 2022	176,150	Santa Rosa (Cauca)	3,296	Comité de Integración del Macizo Colombiano (CIMA) – Coordinador Agrario Nacional (CAN)
Sumapaz	17 de diciembre de 2022	25,318	San Juan y Nazareth (Bogotá)	1,733	SINTRAPAZ, ASOSUMAPAZ y ASOJUNTAS
Losada-Guaya-bero	17 de diciembre de 2022	163,736	La Macarena (Meta)	5,800	Asociación Campesina y Ambiental Losada-Guaya-bero (Ascal-G)
Güejar-Cafre	17 de diciembre de 2022	35,187	Puerto Rico (Meta)	1,300	Agrogüejar

*Elaboración propia.